

te para mi país de salvages, porque vivo tan sola, que ni aun tengo una persona á quien poder manifestar el amor que invariablemente os conservará hasta la sepultura, mi mas querida y adorada mamá,

Vuestra mas sumisa y amante hija

VIRGINIA DE LA TOUR.

P. D. "Recomiendo á la bondad de vuestro corazon á María y Domingo, que se han esmerado tanto en cuidar de mi niñez; y haced por mi quatro caricias á LEAL, que me encontró en el bosque."

Quedó Pablo muy admirado de ver que Virginia, acordándose hasta del perro, no hiciese mencion de él en toda la carta; pero sin duda no sabía que por larga que sea la carta de una muger, jamás pone la cosa que mas tiene en la idea sino al fin. En efecto, despues de la primera post-data, hablaba á parte de

Pablo, y le recomendaba particularmente las semillas de la escabiosa y de la violeta, explicándole sus propiedades, y donde debian sembrarse. Acerca de lo qual hacía unas comparaciones muy análogas á la situacion de entrambos, con respeto á los caracteres y propiedades de estas dos plantas. Quería que sembrase la violeta en los bordes de la fuente, al pie de su cocotéro, porque requiere humedad; y la escabiosa, que crece siempre en parages ásperos y combatidos de los vientos, en la peña donde se habian hablado la última vez, mandándole, que en memoria suya le pusiese el nombre de PEÑASCO DE LA DESPEDIDA.

La carta de esta sensible y virtuosa jóven, hizo derramar muchas lágrimas á toda la familia. Su madre les respondió en nombre de todos, que permaneciera en Francia, ó volviera á esta isla, á su arbitrio, asegurándole que todos habian perdido la mejor parte de su felicidad con su

partida, y que ella particularmente estaba inconsolable.

Pablo le escribió una carta muy larga, en que le prometía hacer todo lo que le prevenia; y al mismo tiempo le enviaba cocos de su fuente, bien sazonados y maduros. Le ofrecia hermosear el jardin, y entreverrar las plantas de la Europa con las del Africa, "agregándoles, decia él, alguna otra semilla de esta isla, para que el deséo de volver á ver sus frutos, te estimúle á dar prontamente la vuelta." Finalmente, concluía la carta suplicándole condescendiese quanto antes con los ardientes deseos de su familia, y los suyos en particular, pues él no podria tener en adelante ningun gusto ausente de su vista.

Sembró Pablo con el mayor esmero las simientes europeas, y particularmente las de la escabiosa y violeta, cuyas flores parecian tener alguna analogía con el carácter y situacion de Virginia; pero fuese que

sa desvirtuasen en la travesía de Europa á aquí, ó mas bien que el clima de esta parte del Africa no fuese favorable á su vegetacion, salieron muy pocas, y aun éstas no llegaron á punto de maduréz.

En este mismo tiempo, la envidia, (la qual hasta se anticipa á las dichas de los hombres, sobre todo en las colonias francesas) difundió en la isla ciertos rumores que daban mucha inquietud á Pablo. La tripulacion del buque que traxo la carta de Virginia, aseguraba que quedaba para casarse, y aun nombraban el señor de la corte que habia de ser su esposo, propasándose algunos á decir, que la cosa era ya hecha, y que ellos mismos habian asistido al desposorio.

Pablo desprecio al principio las noticias traídas por una embarcacion de comercio, que regularmente las espere falsas en todos los lugares de su tránsito; pero como muchos colonos de la isla se apresurasen á lamentarse de semejante caso, por una compa-

sion mal entendida, comenzó á dar algun crédito á la especie. Por otro lado, como en algunas de las novelas que habia leído, veía la traicion tratada de juguete y pasatiempo; y sabiendo que en semejantes libros se pintan fielmente las costumbres européas, temió que la hija de Madama de la Tour, pervertida en Francia con el exemplo, olvidase sus promesas antiguas. Las ideas que habia adquirido, le hacian ya infeliz.

Pero lo que acrecentó en extremo sus temores, fué que de quantas embarcaciones llegaron á este Puerto en el discurso de seis meses, ninguna traxese noticia de Virginia. En tan dolorosa situacion, el infeliz Pablo, entregado á las agitaciones de su corazon, iba á verme á menudo para confirmar ó desechar sus recelos, por la experiencia que tengo del mundo.

Yo vivo, como os he dicho, legua y media de aquí, á las orillas de un riachuelo, que corre á la fal-

da de la MONTAÑA-LARGA, donde pasó mi vida, solo, sin muger, sin hijos y sin esclavos.

Despues de la rara felicidad de encontrar una compañera que sea bien acomodada al genio propio, el estado menos desgraciado de la vida, es en mi opinion, el de vivir solo. Todo hombre que ha tenido muchos motivos para quejarse de las injusticias de los otros hombres, busca la soledad: y es cosa muy digna de notarse, que las naciones desgraciadas por sus opiniones, por sus costumbres ó por sus leyes, han producido clases numerosas de ciudadanos absolutamente consagrados á la soledad y al celibato, como en otro tiempo los Egipcios en su decadencia, los Griegos del báxo Imperio, y en nuestros dias los Indios, los Chinos, los Griegos modernos, y la mayor parte de los pueblos orientales. La soledad restituye al hombre á la felicidad natural, alejandole de los males de la sociedad. En medio de tantos errores y pro-

cupaciones, como dividen á los mortales, el alma está en perpetua agitación, volviendo y revolviendo continuamente dentro de sí misma mil opiniones turbulentas y contradictorias, con que procuran sojuzgarse unos á otros los miembros de una sociedad ambiciosa y miserable. Pero en la soledad se desnuda de estas ilusiones extrañas que la perturban, y vuelve á adquirir el sentimiento íntimo de sí misma, de la naturaleza y de su autor: bien así como el agua cenagosa de un torrente que inunda los campos, derramándose en alguna hoya apartada de su curso, depones allí en el fondo sus impurezas, recupera su primera claridad, y volviéndose transparente, reflexa sus propias márgenes, el verdor de los campos y la luz de los cielos.

Ademas la soledad restablece la armonía del cuerpo, igualmente que la del alma. Entre los solitarios de todos tiempos se encuentran hombres de edad muy abanzada, por exem-

plo, los Bracmanes de la India. En suma, yo la considero tan necesaria para la felicidad, aun en medio del mundo, que me parece imposible lograr en él ningun placer durable, de qualquiera clase que sea, ni que el hombre arrégle su conducta, conforme á algun principio estable, si no se forma dentro de sí mismo un retiro, del qual no salga sino muy rara vez su opinion, y donde la de otro tenga muy poca entrada.

No quiero decir con esto que el hombre haya de vivir absolutamente aislado y solo: está unido con todo el género humano por sus necesidades, y por consiguiente debe sus trabajos á los hombres: y se debe tambien él mismo á lo restante de la naturaleza. Quiero dar á entender únicamente, que habiéndonos dado Dios á cada uno, órganos perfectamente proporcionados á los elementos del globo que habitamos, pies para la tierra, pulmones para el ayre y ojos para la luz, (sin que podamos noso-

tros invertir el uso de estos sentidos) se ha reservado para sí solo, como autor de la vida, el corazón, que es el principal órgano de ella.

Páso, pues mis días lejos de los hombres, á los quales he querido servir, y me han perseguido. Despues de haber corrido una gran parte de la Europa, y algunas Provincias del Africa y América, me he fixado en esta isla poco habitada, seducido de la benignidad del clima y de sus soledades. Una cabaña que yo mismo he levantado al pie de un árbol, un huertecito desmontado y cultivado por mis manos, y un rio que pasa por delante de mi puerta, es todo lo que me basta para mis placeres y mis necesidades.

Agrégase á estas satisfacciones la de tener algunos buenos libros que me enseñan á ser cada dia mejor, haciendo por otra parte contribuir á mi felicidad el mundo mismo que he dexado, con las pinturas que me presentan de las pasiones que tiranizan

miserablemente á sus habitantes; y por el cotejo que hago de su suerte con la mia, me proporcionan el deleite de gozar de una felicidad negativa. Como un hombre que se ha salvado en un peñasco de los peligros de un naufragio, contemplo desde mi soledad las borrascas que braman en lo restante de la tierra; y aun se aumenta mi serenidad en razon de la distancia de sus bramidos. Desde que no trato á los hombres, ni sus intereses se cruzan con los míos, los compadezco, en lugar de aborrecerlos; y si encuentro algun desgraciado, procuro ayudarle con mis consejos, bien como aquel que pasando por las orillas de un rio, y viendo ahogarse en él á otro infeliz, le tiende la mano para que se salve.

Pero yo no he encontrado sino á la inocencia atenta á mi voz. En valde llama la naturaleza á todos los hombres á la inocencia: cada uno se forma una imagen de ella, y la reviste con sus propias pasiones: per-

sigue toda la vida á esta fantasma de su imaginacion que le extravía, y se complace despues en el cielo de las ilusiones que él mismo se ha forjado. Entre un número considerable de desgraciados á quienes algunas veces he intentado reducir al camino de la naturaleza, ni uno solo he encontrado que no estuviera embriagado con sus propias miserias. Me escuchaban al principio con atencion, esperando sin duda que mis lecciones les ayudarian á adquirir gloria ó riquezas; pero viendo que mi único fin era enseñarles á saber pasar sin estas dos cosas, me tenian á mí mismo por un miserable, porque no corria en pos de sus dichas cuitadas: vituperaban mi vida solitaria: pretendian persuadirme que solo ellos eran útiles á los hombres, y se afanaban por arrastrarme al torbellino de sus proyectos vanos.

Pero, aunque me comuniqué á todo el mundo, no me entrego á nadie, porque me basta la propia ex-

periencia para servirme de leccion en el estado en que me hallo. Repaso en la tranquilidad presente las agitaciones pasadas de mi propia vida, á que he dado tanta estima, las protecciones, la fortuna, la reputacion, los placeres y las opiniones que se hacen la guerra por toda la tierra. Comparo tantos hombres como he visto disputarse con furor estas quimeras, y que ya no existen, á las olas de mi río que se estrellan espumando contra las peñas de su canal, y desaparecen para no volver jamás. Por lo que á mí toca, me dexo llevar mansamente de la corriente del río del tiempo, ácia el océano de la eternidad que no conoce playas; y con el espectáculo de las armonías actuales de la naturaleza, me elevó á su autor, y espero mas venturosa suerte en la vida perdurable que nos aguarda.

Aunque desde mi cabafia, situada en el centro de un bosque, no se descubre tanta multitud de objetos

como nos proporciona ver la elevacion del sitio donde nos hallamos, hay sin embargo situaciones deliciosas, particularmente para el hombre, que como yo, prefiere reconcentrarse en sí mismo, á disiparse ácia fuera. El rio que corre por delante de mi puerta pasa en linea recta por medio del bosque, y presenta á la vista un largo canal sombreado de árboles de toda suerte de hojas. Allí hay tacamácos, olivos, ébanos, manzanos silvestres y árboles de la canela; sotos de palmeras elevan acá y allá sus troncos pelados, y de mas de cien pies de elevacion, que rematan en un ramillete de palmas, y figuran, por encima de los otros árboles, como una floresta plantada sobre otra floresta. A esto se juntan las lianas ó enredaderas de diferentes géneros de follage, que enlazandose de un árbol en otro, forman aquí galerías de flores, y mas allá largos cortinages de verdor. Es tal la fragrancia que sale de la mayor parte de estos árboles, y tan pega-

joso el olor aromático que exálan, que el hombre que atraviesa la floresta, despide de sí un perfume agradable, algunas horas despues de haber salido de ella. En la estacion en que se visten de flor, dirias que estaban medio cubiertos de nieve. Al fin del estío, varias especies de pájaros extrangeros vienen, por un instinto incomprehensible, de regiones desconocidas de la otra parte de los vastos mares, á recoger las simientes de los vegetales de esta isla, y oponen el brillo de sus colores, al verdor de los árboles, que comienza á pardear con la fuerza del sol. De este género son, entre otros, varias especies de papagayos y las palomas azules, llamadas aquí palomas olandesas. Los monos habitadores domiciliados de estas florestas, triscan y jugueteán en sus sombrías ramas, de las quales solo se distinguen por su piel verde-gris y su cara enteramente negra: unos se suspenden de ellas por la cola, y se columpian en el ayre; otros brin-

can de rama en rama con sus hijitos en los brazos.

La escopeta matadora nunca ha amedrentado con su estruendo á estos apacibles hijos de la naturaleza; ni se oyen mas que chillidos de alegría, trinos y gorgeos desconocidos de algunos pájaros de las tierras australes, que repiten á lo lejos los ecos de estos bosques. El rio que corre borbotando sobre una madre de roca, por medio de los árboles, reflexa acá y allá en las cristalinas aguas, sus venerables masas de verdor y sombra, igualmente que los retozos y juguetes de sus dichosos moradores; y precipitándose á mil pasos de allí, por las diferentes alturas de un peñasco, forma una cascada ó tabla de agua tersa como el cristal que se divide al caer en quajaronos de espuma. Mil ruidos confusos salen de estas aguas tumultuosas, que dispersados por los vientos en la floresta, ora se alejan, ora se acercan todos á un tiempo y aturden los oídos, como el sonido de

las campanas de una Catedral. El ayre continuamente renovado con el movimiento de las aguas, conserva en las orillas de este rio, á pesar de los ardores del estío, una frondosidad y frescura que rara vez se encuentra en esta isla, aun en la cumbre de las montañas.

A cierta distancia de allí, hay una roca bastante distante de la cascada para que el ruido de sus aguas no aturda los oídos, y bastante inmediata para deleytarse con su vista, con su frescura y su murmullo. A la sombra de este peñasco soliamos ir á comer alguna vez, en tiempo de los calores excesivos, Madama de la Tour, Margarita, Virginia, Pablo y yo; y como Virginia dirigia siempre sus acciones, aun las mas comunes, al bien de otro, jamás comia una fruta en el campo, que no sembrára en la tierra su hueso ó su pepita, diciendo: "De aquí nacerán árboles que darán sus frutas á algun caminante, ó á lo menos á un pajarito."

Un día , pues , que comió una papaya al pie de aquella roca , enterró , segun costumbre , sus pepitas , de las cuales salieron de allí á poco muchos papayos , entre ellos una hembra , que son las que llevan fruto. La altura de este árbol no excedia de la rodilla de Virginia , quando se verificó su partida ; mas como crece mucho en corto tiempo , tenia ya veinte pies de alto al cabo de dos años , y su tronco estaba coronado en la parte superior con varios órdenes de papayas , perfectamente sazoadas. Acercóse Pablo un día por casualidad á aquel sitio , y se llenó de gozo al ver un árbol tan crecido , producido por una pepita que él habia visto sembrar á Virginia ; y al mismo tiempo le entró una tristeza profunda con este testimonio de su larga ausencia.

Los objetos que vemos habitualmente no nos dan lugar á medir la rapidéz de nuestra vida , porque envejecen con nosotros con una vejez

insensible ; pero los que vemos de repente despues de algunos años de ausencia , nos advierten á primera vista la velocidad con que corre el rio de nuestros dias. La vista del papayo cargado de fruta , causó en Pablo aquella sorpresa , que por lo comun experimenta un viagero , quando volviendo á su patria despues de muchos años , no encuentra vivos á sus contemporáneos , y ve á los hijos de estos , que él habia dexado mamando , hechos padres. Ya le daban impulsos de cortarle por el pie , porque su vista le hacía demasiado sensible el largo tiempo que habia pasado desde la partida de Virginia ; y ya considerándole como un monumento de su beneficencia , besaba su tronco y le dirigia palabras dictadas por el amor y la tristeza.

¡ O árbol , cuya posteridad subsiste todavía en mi floresta , yo mismo te he mirado con mas interés y respeto que á los arcos triunfales de la antigua Roma ! ; Permita el autor

de la naturaleza , que destruye cada dia los monumentos de la ambicion mundana , se multipliquen en nuestras florestas los de la beneficencia de una doncella pobre y malhadada!

Estaba yo seguro de encontrar á Pablo al pie de este papayo , quando venía por mi posesion ; y habiéndole visto un dia penetrado de melancolía , tuve con él una conversacion , que voy á referiros , si no os son demasiado enojosas mis largas digresiones , perdonables á mi edad y á mis últimas amistades.

“Estoy muy pesaroso , me dixo luego que me senté á su lado , porque ahora dos años y dos meses que se marchó Virginia , y se han pasado ocho meses y medio sin que nos haya escrito : como es rica y yo pobre , sin duda me ha olvidado. Deséo embarcarme y pasar á Europa , por ver si allí hago fortuna por algun camino , para pedirsela á su tia en matrimonio y vivir feliz en su compañía.”

“La Europa , hijo mio , le contexté , está abismada en los vicios mas contrarios á su felicidad , y á tí te falta dinero y proteccion , para poder hacer figura en ella : eres pobre y no tienes ningun arrimo.”

“Es verdad , me replicó , pero quizá hallaré algun poderoso que quiera protexerme y darme la mano.”

“Para lograr la proteccion del poderoso , le respondí , es necesario contribuir á su ambicion ó á sus caprichos ; y tú á ninguna de estas dos cosas te avendrias.”

“Teneis razon , me dixo ; pero portándome yo como debo , siendo fiel á mis palabras , exácto en mis obligaciones y constante en la amistad , me haré acreedor á que alguno de ellos me adopte por hijo , como he visto se usaba antiguamente en las historias de otros tiempos que me habeis dado á leer.”

“No tiene duda , respondí , que así se usaba entre los Griegos y Romanos ; pero ya no estamos en aque-

llas edades, en que el mérito merecía el respeto de los poderosos."

"Pues bien, me replicó; en defecto de un poderoso procuraré agregarme á algun cuerpo científico, cuyas opiniones adoptaré en un todo, y me haré estimar de sus individuos."

"En lugar de adquirirme estimacion, le dixé, te grangearás ódio y envidia, á no ser que sufoques los gritos de tu conciencia por trepar á la cumbre de la fortuna. Por otra parte, los cuerpos se interesan muy friamente en el descubrimiento de la verdad. Para los ambiciosos toda opinion es indiferente, con tal que á ellos les trayga utilidad y ventajas."

"Eso no lo haré yo jamás! exclamó entonces: todo mi conato será buscar siempre la verdad. Soy muy desgraciado, continuó, pues se me cierran todos los caminos para llegar á la posesion de lo que mas estimo, y me veo condenado á pasar mi vida en un trabajo obscuro, ausente de Virginia." Y al decir esto,

dió un suspiro muy profundo.

"Sea Dios tu único protector, hijo mio, y el género humano tu cuerpo, le contexté con prontitud: ama á los dos constantemente, y desprecia la proteccion de los particulares. Las familias, los cuerpos y los pueblos, tienen sus pasiones y sus preocupaciones, que exigen vicios en quien las haya de contemplar. Dios y el género humono no nos piden sino virtudes.

"Pero ¿por qué quieres, proseguí, distinguirme del comun de los hombres? Ese deséo no es natural, pues si lo fuese, cada hombre estaría en estado de guerra con su semejante. Conténtate con cumplir con tus obligaciones en el estado en que te ha colocado la providencia: bendice tu suerte, que te permite obrar conforme á tu conciencia, y que no te precisa, como á los grandes, á poner su felicidad en la opinion de los inferiores, y como á los inferiores á cometer baxezas y adular á los gran-

des para tener que comer. Tú estás en un país y en una condición en que no necesitas para subsistir, ni engañar, ni adular, ni envilecerte, como lo hacen la mayor parte de los que en Europa aspiran á la fortuna; en que no te ves precisado por razon de tu estado á ocultar la verdad; en que puedes ser impunemente bueno, veráz, sincero, instruido, sufrido, moderado, casto, indulgente y piadoso, sin que tu virtud, que todavía comienza á florecer, se marchite con alguna flaqueza que te haga ridículo á los ojos del mundo y de la posteridad. El cielo te ha concedido libertad, salud, una buena conciencia y amigos verdaderos: har-to menos felices son los grandes de la tierra, cuyo favor deseas!"

"Ah! exclamó, todo me importa poco faltandome Virginia! Pero ¿qué haré yo para lograr la posesion de lo que mas amo? Supuesto que su tia la quiere casar con un hombre de mérito y circunstancias, me

pondré á estudiar para ser sabio y adquirir crédito: con el estudio y la sabiduría serviré últimente á mi patria, sin perjuicio de otro: me haré célebre por este camino, no dependeré de nadie, y me deberé á mí solo esta gloria."

"Ay! hijo mio, le respondí: los talentos todavía son mas raros que las riquezas; y no tiene duda que son de una naturaleza superior, por quanto nadie nos los puede robar, y porque nos grangean ademas la estimacion pública en toda la redondez de la tierra; pero cuestan muy caros. Es necesario privarse del sosiego y del reposo para adquirirlos, padecer las persecuciones de la envidia, y vivir en cierto modo fuera del mundo. Por otra parte, la celebridad de las letras es demasiado tempestuosa y difícil de adquirir. Acuérdate de la suerte que han tenido la mayor parte de los filósofos de la antigüedad. Homero, cuyos versos son tan divinos, anduvo pidiendo limosna de

puerta en puerta. Sócrates, que con sus palabras y exemplo predicaba la moral á los Atenienses, fué envenenado jurídicamente por ellos. Su discípulo Platón se vió reducido á la clase de esclavo por orden del mismo Príncipe que le protegía, y anteriormente á ellos, el célebre Pitágoras fué quemado vivo por sus paysanos los Crotonienses. Qué digo yo! la mayor parte de estos nombres ilustres han llegado desfigurados hasta nosotros por los mordaces tiros de la sátira con que la ingratitude humana se complace en caracterizarlos; y si entre tantos como ha habido, la gloria de algunos ha llegado pura y sin mancilla hasta nosotros, es porque vivieron lejos de sus contemporáneos en la abstraccion y retiro de los negocios públicos, pareciéndose en esto á aquellas estatuas desenterradas en los campos de la Grecia y de la Italia, que por haber estado sepultadas en el seno de la tierra, se han libertado del furor de los bárbaros. A vista de

estos exemplares, ¿quién se lisonjeará de ser útil á los hombres ilustrándoles? ¿quién se prometerá tener todas las calidades, todas las virtudes que son necesarias en la carrera de las letras, hasta estar dispuesto á sacrificar los bienes de la fortuna y aun la propia vida!"

"Pero bien, me interrumpió, vos que teneis tanta sabiduría y experiencia de las cosas, ¿no me direis si Virginia y yo nos casaremos algun dia? Quisiera ser sabio para conocer lo venidero."

"¿Quién querría vivir, hijo mio, le contexté, si conociera lo que está por venir? Si una sola desgracia prevista nos causa tantas inquietudes vanas, la vista de una cierta emponzoñaría todos los dias que la precediesen. No conviene profundizar demasiado lo que nos rodea; y aun por eso el cielo que nos da la reflexion para preveer nuestras necesidades, nos ha dado las mismas necesidades para que pongamos coto á nuestra reflexion."

"Pues ¿qué haré yo, me preguntó, para obtener riquezas, y con ellas las dignidades y distinciones que puedan hacerme acreedor á la mano de Virginia, segun las ideas de su parienta? Iré á enriquecerme á Bengala, y despues pasaré á París, á pedirle en matrimonio á su misma tia.

"Cómo! exclamé yo: ¿tendrias entrañas para abandonar á tu madre y á la suya?"

"Vos mismo, me replicó, me aconsejásteis que me embarcára para la India."

"Entonces estaba aquí Virginia, le contexté; pero en el dia eres el único apoyo de su madre y de la tuya."

"Virginia, me replicó, las socorrerá por medio de su parienta rica."

"Los ricos, Pablo, le dixe, solamente reconocen por parientes á los que les dan honor y timbre en el mundo."

"¡Qué país tan perverso la Europa! exclamó: ¿qué necesidad tenia Virginia de ir á buscar una parienta rica? Aquí vivia feliz y contenta, y allá sabe Dios si será desgraciada." Y diciendo esto, comenzó á llorar con la mayor amargura.

Volviendo en sí al cabo de un buen rato, exclamaba como si la tuviera presente: "Torna, torna Virginia, al país donde has nacido, abandona tus palacios, tu fausto y tu grandeza: vuelve á estas breñas á la sombra de estas florestas y de nuestros cocotéros: dexa esos trages de señora, y vuelve á estas cabañas engalanada con tu vestido de algodón, tu pañuelo encarnado al redor de la cabeza, y tus flores bellas cogidas por mi mano en estas praderas."

Despues de estas exclamaciones, quedó como enagenado y en una especie de abatimiento de ánimo que á mí mismo me hizo enternecer: y saliendo de él repentinamente como quien despierta de un sueño inquieto.

to y turbulento, se encaró á mí y me preguntó con ayre de sorpresa.

"¿Qué necesidad hay de ser rico, para casarse? ¿no bastaba que hubiera union de voluntades, conformidad de genios y disposicion en el hombre para ganar de comer con el trabajo de sus manos? ¿en qué se ocupan los ricos?"

"En vivir en la opulencia, le respondí, sin que hagan nada la mayor parte de los que poseen muchos bienes de fortuna. El trabajo de manos no tiene en Europa todo el aprecio que merece, y que el mismo Dios le dió quando condenó al hombre á vivir del sudor de su rostro: y aun se le da el nombre de trabajo mecánico. Conforme á este modo de pensar, los européos suelen apreciar mas á un artista que á un labrador, sin embargo de que la agricultura es el arte que sustenta á los hombres. No es posible que comprehendas tamaña contradiccion, querido Pablo, opuesta á los principios de la razon,

y consecuencia forzosa de la depravacion del hombre civil. Es facil formar una idea exácta del órden, mas no del desórden: la belleza, la virtud y la felicidad tienen proporciones; la fealdad, el vicio y la infelicidad no tienen ninguna."

"Segun eso, me interrumpió, serán muy felices los ricos, no encontrando ningun obstáculo para el logro de sus caprichos, y pudiendo colmar de gustos y satisfacciones al objeto de su cariño?"

"No por cierto, le respondí: bien lejos de eso la mayor parte de los ricos no gozan de ningun placer, por lo mismo que no les cuestan la menor diligencia. ¿No has experimentado que el placer del descanso se compra con la fatiga, el de comer con el hambre, y el de beber con la sed? pues así sucede en el de amar y ser amado, que solo se adquiere á costa de mil privaciones y sacrificios. Las riquezas privan á los ricos de todos estos placeres, porque se anticipan á sus necesi-

dades. Al disgusto, compañero de su ahito y saciedad, se agrega el orgullo que nace de su opulencia, y que la menor privacion incomoda, al mismo tiempo que no los mueven, ni lisonjean las mayores satisfacciones. La fragancia de mil flores no agrada mas que un instante; pero el dolor que causa una de sus espinas, dura mucho tiempo despues de la picadura. Un mal en medio de las delicias, es para los ricos una espina entre las flores; y por el contrario, un bien en medio de los males, es para los pobres una flor entre las espinas, que ellos gozan con grande ansia y deleyte. La naturaleza todo lo ha contrapesado en este mundo, y los efectos de una causa se aumentan en proporcion de su contraste. ¿Qué estado, habiendo de escoger, te parece preferible, el de temer todos los males y no tener casi ningun bien que esperar, ó el de no temer casi ningun mal y esperar todos los bienes? Pues el primero es el de los ricos, y el segundo el de los

pobres. Pero los hombres con dificultad pueden soportar estos extremos; y así la felicidad consiste en un estado de mediania y de virtud; el tuyo es de esta clase, pues mantienes á tus padres con el trabajo de tus manos, por agradar á Dios únicamente."

Con estas ideas quedaba tan complacido y sosegado, que ya daba por hecho el regreso de Virginia, y disculpaba su dilacion en escribir, suponiéndola ya en camino para la isla. La vuelta le parecia que podría verificarse en poco tiempo con un viento fresco, y contaba las naves que habian hecho la travesía de tres mil y quinientas leguas de Europa á aqui, en ménos de tres meses: ponderaba lo adelantado que estaba en este siglo el arte de la navegacion, y la destreza de los marineros: hablaba de las disposiciones que iba á tomar para recibirla, y de la nueva cabaña que pensaba construir para habitacion de los dos: me decia que en llegando Vir-

ginia, rica y poderosa, ya podia yo vivir descansado y sin trabajar, sino para mi recreo, pues con su dinero compraría muchos negros que cultivarían la tierra para todos nosotros, y viviríamos juntos, sin tener yo otra cosa en que pensar, mas que en divertirme y recrearme á mi gusto. Y fuera de sí de contento con estas esperanzas, iba á comunicar á su familia la alegría de que estaba penetrado su corazon.

En esta vida, los grandes temores se suceden de un instante á otro á las grandes esperanzas, y las pasiones violentas ponen siempre á el alma en extremos opuestos. Regularmente volvia Pablo al dia siguiente á mi cabaña, sumamente triste y pensativo, y me decia: "Virginia no me escribe: si se hubiera embarcado para esta isla, me hubiera avisado de antemano el dia de su partida de Europa. Ah! demasiado fundadas son las noticias que han corrido! Sin duda la ha casado su tia con un gran señor, y el

amor de las riquezas la ha perdido á ella, como á otras muchas. En estos libros, que pintan tan al vivo á las mugeres europeas, la virtud no es mas que un asunto de novela. Si Virginia hubiera sido virtuosa, no hubiera abandonado á su propia madre y á todos nosotros. Mientras yo páso la vida pensando en su venida, y me aflijo por su ausencia, ella se divierte y me olvida. Ay de mí! este pensamiento me trastorna el juicio! Todo trabajo me fastidia, y la conversacion y trato con las gentes me es enojoso. Ojalá se declarase la guerra en la India, para ir á exponer mi vida en ella!"

"Hijo mio, le contexté yo, el valor que nos lleva á la muerte, no es mas que el valor de un instante, comunmente excitado por los vanos aplausos de los hombres. Otro hay mas raro y necesario, que nos hace sobrellevar sin testigos ni aplausos los males ordinarios de la vida: la paciencia, quiero decir. Esta se funda,

no en la opinion de otros ó en el frenético furor de nuestras pasiones, sino en la conformidad con la voluntad de Dios. La paciencia, querido Pablo, es el valor de la virtud.²⁹

Ay de mí ! exclamó á esto :³⁰ con que tampoco tengo virtud ! todo contribuye á afligirme y llenarme de desesperacion. . . .

³¹La virtud, le interrumpí, siempre igual, siempre constante é invariable, no es el patrimonio del hombre despues de la caída original. En medio de tantas pasiones como nos agitan, nuestra razon se perturba y obscurece muchas veces ; pero hay dos fanales donde podemos encender su antorcha : la religion y las letras. La religion, hijo mio, nos enseña á dirigirnos á Dios en nuestras aficciones, y esperar de su mano el remedio, por medio de la conformidad y paciencia cristianas, qué el mismo nos recomienda en su evangelio. Las letras son un don del cielo, y como un destello de aquella sabiduría que

gobierna el universo : semejantes á los rayos del sol, iluminan, alegran y calientan, á manera de un fuego divino ; y á imitacion del fuego hacen servir toda la naturaleza para nuestros usos. Por ellas reunimos al rededor de nosotros las cosas, los lugares, los hombres y los tiempos : ellas son las que nos enseñan á conformarnos á las reglas de la vida humana, las que calman las pasiones, reprimen los vicios y excitan á las virtudes por medio de los augustos exemplos de los héroes, cuyas acciones celebran, presentándonos la imagen y memoria de sus virtudes, siempre en veneracion y acatamiento. En suma son las hijas del cielo, que baxan á la tierra, para dulcificar los males del género humano ; y en los tiempos de la mayor barbárie y depravacion, siempre han aparecido grandes escritores inspirados por ellas para consuelo de sus semejantes. Las letras han consolado á una infinidad de hombres mas desgraciados que tú ; á

Xenophonte, desterrado de su patria, despues de haber conducido á ella diez mil griegos victoriosos: á Scipion, el africano, cansado de las calumnias de los Romanos; á Lucúlo, de sus partidos é intrigas; á Catinat, de la ingratitud de su corte.

Lee, pues, hijo mio. Los sabios que han escrito antes de nosotros, son como viageros, que habiéndonos precedido en las sendas del infortunio, nos alargan la mano, y nos convidan á que nos unamos á ellos, quando todo nos abandóne. Un buen libro es un buen amigo, cuya funcion Augusta de hacer que resplandezca la virtud escondida, de consolar á los desgraciados, iluminar al mundo, y decir la verdad á todos sin distincion, es siempre digna de su celestial origen, y el destino mas sublime con que el cielo puede honrar á un mortal sobre la tierra. ¿Qué hombre habrá que no se consuele de la injusticia ó desprecio de los que disponen á su arbitrio de la fortuna,

quando considero que sus obras irán de siglo en siglo y de nacion en nacion para servir de barrera al error y la corrupcion de los mortales; y que del seno mismo de la obscuridad en que ha vivido, resaltará una gloria que borrará la de la mayor parte de los poderosos de la tierra, cuyos monumentos perecen en el olvido, á pesar de los aduladores que los elevan y ponderan?"

Me oyó Pablo con toda la atencion que yo deseaba, aunque daba de quando en quando tristes y profundos suspiros; y conociendo yo, que el continuar hablando sériamente de semejante asunto sería inhabilitarle cada vez mas para que se dedicára al cultivo del campo, le distraje todo lo posible, diciéndole, que quando volviese Virginia extrañaría mucho no hallar el jardin bien cuidado, siendo así que ella no habia pensado mas que en hermosearlo, á pesar de las persecuciones de su parienta y á tan larga distancia de su

familia. Este ardid y la idea del próximo regreso de Virginia, renovaron el valor de Pablo, y le estimularon á entregarse á sus ocupaciones campestres, las quales divertian sus penas representándole el objeto de su pasión, como el término inmediato de sus fatigas; y mientras conservaba esta ilusión, era feliz trabajando.

Levantándose, pues, una mañana al rayar al alba, que era el 24 de diciembre de 1744, vió tremolar una bandera blanca sobre la MONTAÑA DE LA ATALAYA; lo qual era señal de que se descubria una embarcacion en el mar, é inmediatamente que la avistó, corrió al puerto para saber si traía alguna noticia de Virginia. El práctico, que segun costumbre, habia ido á reconocer el buque, no volvió hasta por la tarde, y habiéndole esperado Pablo, supo que el navío señalado era el San Gerando, de porte de 700 toneladas, mandado por un capitán llamado Mr. Aubin: que estaba

quatro leguas mar adentro, y no fondearía en PUERTO-LUIS hasta el día siguiente por la tarde, si el viento soplabá favorable, pues á la sazón reinaba una profunda calma. Entregó el práctico al gobernador las cartas que traía de Francia el S. Gerando, entre las quales habia una con el sobre para Madama de la Tour, de letra de Virginia. Apoderóse Pablo de ella al instante, besóla con una especie de enagenamiento, metiéndola en el seno, y corrió á la posesion sin detenerse un minuto; y desde lo mas lejos que pudo avistar á los suyos, que le estaban esperando sobre el peñasco de la DESPEDIDA, levantó la carta en alto sin poder articular palabra.

Virginia decia en resumen á su madre, en dicha carta, que habia experimentado muy malos tratamientos de parte de su tia, la qual, despues de haberla querido casar contra su voluntad, la habia desheredado por último, echándola de casa en un tiempo en que no se podia aportar á la isla

de Francia, sino en la estacion de los uracanes; que ella habia procurado, aunque en valde, ablandar su dureza, representándole lo que debia á su madre, y á los dulces recuerdos de la niñez; pero que la tia la habia tratado de loca y mentecata, añadiendo que tenia la cabeza pervertida con las novelas. Finalmente, concluía la carta diciendo, que á la sazón nada le interesaba tanto como la dicha de volver á ver y abrazar á su amada familia, cuyo ardiente deseo hubiera satisfecho aquel mismo dia, si el capitán la hubiera permitido transbordarse á la lancha del práctico; pero que se habia opuesto á ello, á causa de la distancia de la tierra y de la marejada, que no obstante la calma, comenzaba á correr en alta mar."

Leída que fué esta carta, toda la familia enagenada de gozo, comenzó á gritar: "Con que ha llegado Virginia! ha llegado Virginia!" Y dándose mútuos abrazos amos y cria-

dos, dispuso Madama de la Tour, que fuera Pablo á darme parte sin tardanza de la venida de su hija. En efecto, encendió Domingo una hacha de viento, y se encaminaron los dos á mi posesion.

Serian como las diez de la noche quando llegaron, á tiempo que yo acababa de apagar la luz y acostarme; pero al punto percibí á lo lejos el resplandor del hacha por entre las rendijas de mi cabaña, y de allí á poco oí la voz de Pablo que me llamaba. Apenas me habia levantado y vestido, quando Pablo, sin aliento y fuera de sí, se me echó al cuello, diciendo: "Vamos, vamos que ha llegado Virginia: vamos á prisa al puerto, donde fondeará la embarcacion al apuntar el dia."

Inmediatamente nos pusimos en camino; y como atravesásemos el bosque de la MONTAÑA-LARGA para tomar en el camino que va de las PAMBLEMUSAS al puerto, sentí pasos detrás de mí, y volviendo la cabeza,

ví que era un negro que venía ácia nosotros en mucha diligencia. Habéndole preguntado adonde iba con aquella apresuracion, nos respondió, que le enviaban desde la punta de la isla, llamada los POLVOS DE ORO, á dar parte al gobernador de que un navío francés habia anclado en la ensenada de la isla del AMBAR, y tiraba cañonazos pidiendo socorro, porque el mar estaba bastante alterado. Y sin detenerse mas, prosiguió su camino con la misma celeridad.

Yo entonces mudé de direccion, y díxe á Pablo que nos encamináramos á la punta de los POLVOS DE ORO, distante de allí poco mas de tres leguas, para salir al encuentro á Virginia; y en efecto, echamos á andar los tres ácia la parte del norte de la isla.

Hacia un calor bochornoso é inaguantable, y la luna que acababa de salir, tenia en rededor tres cercos negros. El cielo presentaba un aspecto triste y horroroso; y al continuo resplandor de los relámpagos,

se distinguian largas hileras de nubarrones espesos, negros y poco elevados, que se apiñaban ácia el centro de la isla, y venian de la parte del mar con extraña velocidad, aunque no se sentia en la tierra el menor ayre. Yendo nosotros caminando, nos pareció que oíamos tronar de quando en quando; pero habiendo aplicado con mas atencion el oído, conocimos que eran cañonazos repetidos por los ecos. Estos cañonazos á lo lejos, y al aspecto de un cielo tempestuoso, me llenaron de horror, no quedándome ya duda de que eran señales de socorro de alguna embarcacion que naufragaba. De allí á media hora ya no oímos mas cañonazos; y aquel silencio me pareció mucho mas espantoso, que el lúgubre estruendo que le habia precedido.

Nosotros acelerabamos el páso sin hablar palabra ni atrevernos á comunicarnos mutuamente nuestra zozobra; y á las doce de la noche, poco mas ó menos, llegamos muy su-

dados á la ribera del mar, donde está la punta de los POLVOS DE ORO. Las olas se estrellaban en la playa con horroroso estrépito, cubriendo las rocas y arrecifes de una espuma tan blanca que deslumbraba la vista, y despidiendo de sí chispas de fuego; de modo que en medio de las tinieblas, distinguimos, á favor de tantos fuegos fosfóricos, las piráguas de los pescadores retiradas por ellos tierra adentro.

A poca distancia, vimos una hoguera en el bosque, al rededor de la qual se había juntado mucha gente, y nosotros fuimos á descansar allí mientras llegaba el día. Estando sentados cerca de la lumbre, nos contó uno de los concurrentes, que despues de medio día había visto en alta mar una embarcacion, arrostrada por las corrientes ácia la isla, y que la obscuridad de la noche se la había ocultado por algun tiempo; que dos horas despues de puesto el sol había oído cañonazos en demanda de

socorro; pero que estaba el mar tan alborotado, que ninguna lancha había podido salir del puerto; que de allí á poco le pareció que había visto encendidos los faroles de la nave, en cuyo caso me temo (decía él) que atraída por la corriente sobre la costa, se haya metido entre la tierra y la isleta del AMBAR, equivocando ésta con la punta de MIRA, por donde pasan las embarcaciones que arriban á PUERTO-LUIS; y que si sus sospechas eran fundadas, lo que sin embargo no podía asegurar, el buque corría el mayor riesgo.

Tomó otro la palabra, y dixo que había atravesado muchas veces el canal que separa la isleta del AMBAR de la costa, y aun lo había sondeado; y que teniendo un anclage excelente, estaba libre el buque de peligro, y tan seguro como en el mejor puerto: "Yo depositaría en él, añadió, todo quanto tengo, y dormiría á bordo con tanto sosiego como en tierra."

El tercero dixo que era imposible que aquel buque hubiese entrado en el canal, donde apenas podian navegar las chalupas; y aseguró que le habia visto dar fondo de la parte de allá de la isleta del AMBAR, de suerte que si se levantaba viento por la mañana, podria hacerse á la mar, ó tomar puerto como quisiese. Otros de la comitiva fueron de diferentes dictámenes; y mientras que altercaban entre sí, segun la costumbre de los criollos ociosos, guardábamnos Pablo y yo un profundo silencio.

Permanecimos allí hasta la punta del dia, pero el cielo estaba tan obscuro y el mar tan nebuloso, que no pudimos descubrir en él ningun objeto, y solo columbramos á lo largo como una nube opaca, que nos dixerón era la isleta del AMBAR, situada á un quarto de legua de la costa. En suma, el dia era tan tenebroso, que no se percibia mas que el extremo de la playa, donde nosotros estabamos, y algunos picachos de las

montañas de la isla, los cuales se dexaban ver de quando en quando por entre las nubes que giraban sin cesar en torno de ellos.

A eso de las siete de la mañana, oímos en el bosque ruido de tambores, y de allí á poco vimos venir á caballo al gobernador Mr. de la Bourdonais, con un destacamento de tropa armada, y seguido de un gran número de criollos y negros; y colocando á los soldados en la playa, les mandó hacer una descarga general de fusileria. Apenas se hizo la descarga, quando advertimos en el mar una llamarada, seguida inmediatamente de un cañonazo; lo que nos hizo juzgar que el buque estaba á corta distancia de nosotros. Corrimos todos velozmente ácia el parage donde se habia oído el cañonazo, y descubrimos, por entre la niebla, el casco y arboladura de un gran navio, del qual estábamos tan cercanos, que sin embargo del ruido de las olas, oímos el pito del contra maes-

tre, que mandaba la maniobra y las voces de la tripulación, que gritó por tres veces: **VIVA EL REY**, porque éste es el grito de los Franceses en los mayores apuros, igualmente que en los grandes regocijos.

Desde el punto que el navío *S. Gerardo* nos vió en situación de poderle socorrer, no cesó de disparar cañonazos de tres en tres minutos. Mr. de la Bourdonois hizo encender grandes hogueras de trecho en trecho por toda la playa, y envió á buscar á casa de todos los colonos de las inmediaciones, víveres, tablonés, cables y toneles vacíos. Bien pronto vimos llegar una multitud de ellos, acompañados de sus negros, con provisiones, xarcia, y otros utensilios de esta naturaleza, que venian de las habitaciones de los **POLVOS DE ORO**, del arrabal del **FRASCO** y del rio del **BALUARTE**.

Acercóse en esto uno de los mas ancianos al gobernador, y le dixo: "Señor gobernador, toda la noche se ha

oído un ruido sordo en las montañas: las hojas de los árboles se menean en los bosques, sin que se sienta ningún viento; las aves marítimas se refugian á la tierra: sin duda que todas estas señales anuncian un uracán." "Cómo ha de ser! respondió el gobernador: venga lo que Dios quiera, que á todo estamos dispuestos, y los del navío tambien lo estarán por su parte."

En efecto, todo presagiaba la próxima explosion de un uracán. Las nubes que se distinguian en el zenith, eran en su centro de un negro horrible, y de color de cobre en la circunferencia, y el ayre resonaba con los graznidos de los cuervos, de las fragatas, de los patos y de una infinidad de aves marítimas, que á pesar de la obscuridad de la atmósfera, llegaban, de todos los puntos del horizonte, á buscar asilo en la isla.

Cerca de las nueve de la mañana se oyó en la ribera del mar un ruido formidable, como si torrentes

de agua acompañados de truenos, se despeñasen de la cima de las montañas. Todos gritaron á una voz: "El uracán, el uracán!" é inmediatamente un torbellino impetuoso de viento dispó la niebla que cubria la isleta del AMBAR y su canal.

Descubrióse entonces claramente el San Gerando con toda su tripulacion encima de cubierta, baxadas las vergas y masteleros de las gavias, su pavellon ondeante y hecho giras, con quatro cables por la proa y uno de reserva á la popa, entre la isleta del AMBAR y la tierra, de la parte de acá de la cadena de rocas que circundan la isla de Francia, por cuyo parage ningun otro navío habia pasado hasta entonces. Presentaba la proa á las olas que venian de mar adentro, y á cada montaña de agua que entraba en el canal, se levantaba su proa de tal forma, que se descubria toda la quilla; y zbulléndose con este movimiento la popa, desaparecia á nuestra vista hasta las galerías,

como si hubiera sido sumerjida en las aguas. En esta posicion en que el viento y la mar le arrojaban sobre la costa, era igualmente imposible volver á salir por donde habia entrado, ó barar, picando cables, en la playa, de la qual estaba separado por grandes arrecifes. Cada ola que venia á estrellarse contra la costa, se adelantaba bramando hasta las rias y ensenadas de las inmediaciones, llevando los guijarros mas de cincuenta pies tierra adentro; y retirándose despues, dexaba descubierta una gran parte de la ribera, á cuyas piedras hacia rodar con un ruido bronco y espantoso. El mar sublevado por el viento, se embravecia por instantes, y todo el canal comprehendido entre la isleta del AMBAR y esta isla, no era mas que un vasto campo de espumas blancas, surcado de negras y profundas olas; cuyas espumas se apiñaban en los recodos de las ensenadas hasta la altura de mas de seis pies, y el viento, que barria su superficie, las llevaba,

por encima del repecho de la playa, á las tierras apartadas mas de media legua de ella. Al ver sus blancos é innumerables copos, arrojados horizontalmente hasta la falda de los montes, qualquiera diria que era una nevada que salia del mar. El horizonte ofrecia todas las señales de una tempestad duradera, y el mar parecia que estaba confundido con el cielo. Continuamente se veían desprenderse del horizonte nubes de un aspecto horrible, que atravesaban el zenith con la velocidad de las aves, mientras que otras permanecian inmóviles en él, á manera de enormes peñascos. Por ningun lado se descubria el azul del firmamento, y solo iluminaba los objetos de la tierra, del mar y de los cielos, una luz fúnebre y parda.

Con los terribles balances del navío sucedio lo que se temia. Faltáronle los cables de proa; y como quedó á una sola ancla, fué arrojado contra las peñas á medio cable de la pla-

ya. No se oyó entonces mas que un grito general de dolor entre nosotros. A este tiempo iba Pablo á arrojar-se al mar, quando le detuve por el brazo, y le dixé: "Hijo mio, ¿quieres ir á perecer?" A lo que exclamó: "Muera yo mil veces antes que dexar de ir á socorrerla!"

Como el sentimiento le privaba la razon, discurrimos Domingo y yo, para evitar su muerte, atarle á la cintura una sogá larga, y tenerla nosotros cogida por el otro cabo. Encaminóse entonces Pablo ácia el San Gerando, nadando unas veces, y yendo otras á gatas por los peñascos, hasta tener en varias acasiones valor para llegar á su bordo; pues el mar en aquellos movimientos irregulares, dexaba el navío casi en seco, de modo que se podia andar á pie todo al rededor de él. Pero volviendo inmediatamente con nueva furia sobre la playa, la cubria de enormes rollos de agua, que levantando hasta las nubes la proa del buque, arrojaban mu-

cho mas acá de la ribera al infelice Pablo, con las piernas todas ensangrentadas, magullado el pecho y casi sin aliento.

Apenas recobrada el miserable jóven el uso de los sentidos, quando se levantaba y volvia con nueva intrepidez ácia el navío, que los golpes de mar iban abriendo por instantes con horribles crugidos. Toda la tripulacion desauiciada ya de poder salvar la vida en el buque, se precipitaba en tropel al mar; los unos en los gallineros, los otros en las vergas, y la mayor parte en toneles y tablonés.

Vióse entonces el objeto mas digno de eterna compasion, que fué presentarse en la galería de popa del San Gerando, una jóven con los brazos tendidos ácia aquel que hacia tantos esfuerzos por llegar á ella. Esta jóven era la infeliz Virginia, quien desde luego conoció á Pablo por su intrepidez y denuedo.

La vista de esta amable criatura, expuesta á tan inminente peligro aca-

bó de consternar á todos los expectadores, particularmente quando advertimos que nos hacia señal con la mano, aunque con cierto ayre de nobleza y tranquilidad, como diciendonos, á Dios para siempre. Todos los marineros se habian echado al agua, menos uno que se conocia intentaba persuadirla á que se desnudara y salvara la vida por este medio, arrojándose con él al mar; mas ella resistiéndolo con dignidad, levantó los ojos al cielo y huyó de allí. Gritaron entonces todos los concurrentes: "salvala, salvala; no la desampares!" Pero en aquel mismo instante, una montañá de agua se introduxo entre la isleta del AMBAR y la costa, y se abalanzó bramando ácia el navío, á el qual amenazaba con sus flancos negros, y sus cimas espumosas y encrespadas. A tan terrible aspecto, el marinero se arrojó solo al mar; y Virginia, viendo la muerte inevitable, se ciñó con una mano los zagalejos, puso la otra

sobre el corazón, y levantando al cielo sus ojos serenos, se mostró como un ángel que remonta su vuelo ácia el empíreo.

O día espantoso! ay de mí! todo fué sumergido. La ola hizo retirar muy tierra adentro á una parte de los espectadores, que por un sentimiento de humanidad se habian acercado á socorrer á Virginia, igualmente que al marinero que la quiso salvar á nado. Aquel hombre caritativo, viéndose libertado de una muerte casi cierta, se arrodilló en la arena, y exclamó: "O Dios mió vos me habeis salvado la vida; pero la hubiera dado muy contento por esta modesta y virtuosa doncella que jamas ha querido desnudarse como yo."

Domingo y yo retiramos de las aguas al desgraciado Pablo, privado de sentido, y arrojando sangre por boca y oídos. El gobernador mandó entregarle á los cirujanos; y entretanto nos pusimos á buscar por

toda la playa el cuerpo de Virginia. Pero cambiándose repentinamente el viento, como sucede de ordinario en los uracanes, tuvimos el dolor de creer que ni aun podríamos tributar á esta malograda joven los últimos honores de la sepultura. Con esta zozobra nos alejamos de aquel sitio llenos de la mayor consternación y pena, no solo nosotros, sino todos los que fueron testigos de un naufragio tan lastimoso, en que perecieron muchas personas, y particularmente una muchacha como Virginia, digna de mejor suerte por sus virtudes. Pero los decretos ocultos de la providencia son siempre adorables para el hombre religioso.

En este intermedio fuimos á ver á Pablo que ya empezaba á recobrar el uso de los sentidos en una habitacion inmediata, donde le depositaron mientras volvía en sí y se ponía en estado de ser conducido á la de su madre. Pero yo tuve que volverme desde allí con Domingo, á

fin de preparar á la madre de Virginia y á su amiga, á recibir la primera noticia de un fracaso tan inesperado como infausto.

Quando llegamos á la entrada del valle del rio de los LATANEROS, nos dixerón unos negros que el mar arrojaba muchos despojos del S. Gerando en la playa de enfrente. Baxamos al instante á ella, y uno de los primeros objetos que descubrí en la ribera, fué el cuerpo de Virginia, medio enterrado en la arena, y en la misma actitud en que acababamos de verla perecer. Sus facciones no estaban sensiblemente alteradas: los ojos los tenía cerrados, aunque resultaba todavía en su frente la serenidad, y solamente se veían confundidas en sus mejillas las pálidas violetas de la muerte, con las rosas del pudor. Tenía una mano sobre su ropa y la otra sobre el corazón, pero tan fuertemente apretados los dedos, que me costó mucho trabajo quitarle una cajita que tenía en ella. Mas; qual

fué mi sorpresa quando ví que era el retrato de Pablo, á quien había prometido no desprenderse de él hasta la muerte! Con este último testimonio de la constancia y amor de la infeliz Virginia, lloré amargamente; y Domingo golpeandose el pecho, penetraba el ayre con dolorosos ayes. Llevamos el cadáver á una choza de pescadores, y se lo dimos á guardar entretantó á unas pobres mugeres de la costa de Malavar, que cuidaron de lavarle.

Mientras ellas se ocupaban en tan triste ministerio, subimos nosotros temblando á la cabaña de Madama de la Tour, á quien encontramos rezando con Margarita, y esperando noticias del S. Gerando. Luego que me avistó Madama de la Tour, exclamó: "¿Dónde está mi hija, la hija querida de mis entrañas? ¿dónde está mi Virginia?" Y no pudiendo dudar de su desgracia, por mi silencio y mis lágrimas, le asaltó repentinamente una mortal congoja, que

embargándole la voz, no le permitia más que sollozar. Margarita exclamó al mismo tiempo: "¿Dónde está mi hijo? yo no veo á mi hijo!" y en esto se acongojó. Corrimos á socorrerla, y habiendo contribuido por nuestra parte á que volviera en sí, le aseguré que Pablo vivía, y quedaba al cuidado del gobernador; con cuya noticia recuperó sus sentidos, y solo se ocupó en la asistencia de su amiga, á quien asaltaban largas congojas. Por fin, Madama de la Tour pasó toda la noche en aquellas crueles agonías, que por su mucha duracion me acabaron de confirmar que no hay dolor igual al dolor materno. Quando recobraba el conocimiento, fixaba sus ojos turbios y desconsolados en el cielo; y por mas que su amiga y yo la apretábamos las manos entre las nuestras, dándole los nombres mas cariñosos y tiernos, se mostraba insensible á estos testimonios de nuestra antigua amistad, y solo salian de

su pecho oprimido sordos gemidos.

Por la mañana fué conducido Pablo á la habitacion de su madre, recuperados ya sus sentidos, aunque sin poder proferir una palabra. La primera vista con su madre y Madama de la Tour, que tanto temia yo al principio, produjo mejor efecto que todas las precauciones tomadas por mí hasta entonces. Un rayo de consuelo se dexó ver en los semblantes de aquellas infelices madres, las quales arrimándose á él, le besaron y dieron muchos abrazos, comenzando á correr abundantemente sus lágrimas, que el exceso del dolor habia tenido embargadas hasta aquel momento. No tardó Pablo en mezclar las suyas con las de ellas; y habiéndose desahogado así la naturaleza en aquellas tres víctimas de la desgracia, un largo sopor se sucedió al estado convulsivo de su pena, que les proporcionó una especie de reposo letárgico, semejante, en cierto modo, al de la muerte.

Mr. de la Bourdonais me envió á decir reservadamente , que el cuerpo de Virginia habia sido conducido por orden suya á PUERTO-LUIS, desde donde pensaba trasladarlo á la Iglesia de las PAMPLEMUSAS. Baxé al instante al puerto , donde hallé congregados colonos de todos los puntos de la isla para asistir al entierro, como si todo el país hubiera perdido la prenda de mas subido precio. Las naves de la bahía con las vergas cruzadas , y los pavellones tremolantes disparaban cañonazos de tiempo en tiempo ; los granaderos abrian el camino del acompañamiento lúgubre con los fusiles á la funerala : sus tambores cubiertos de arriba abaxo de crespon negro sonaban sorda y melancólicamente , y se veía retratada la imagen de la tristeza en los semblantes de aquellos guerreros , que tantas veces habian arrostrado la muerte en la pelea , sin inmutarseles el color. Ocho doncellas de las mas principales de la isla , vestidas

de blanco y con palmas en las manos , llevaban el cuerpo de su virtuosa compañera cubierto de flores, Seguíalas un coro de niños que entonaban himnos y cánticos de alabanzas ; y en pos de ellos iban las gentes mas distinguidas de la isla , y el estado mayor de la plaza , presidido por el gobernador , que cerraba el acompañamiento , y una infinidad de personas del pueblo.

Esto fué lo que el gobernador dispuso para tributar los debidos honores á la virtud de Virginia ; pero quando llegaron con el cuerpo al pie de esta montaña y á la vista de estas cabañas (que tanto tiempo habia hecho felices con su presencia , y ahora despues de su muerte causan mi mayor tormento) , toda la pompa fúnebre se desordenó : los himnos y cánticos cesaron repentinamente , y no se oía mas que los gritos y lamentos de todos los concurrentes. Las madres pedian á Dios una hija como ella : las hijas una modestia y obe-

diencia igual á la suya : los pobres una amiga tan tierna : los esclavos una ama tan bondadosa y benéfica : finalmente todos , todos , jóvenes y ancianos , padres y hijos , ricos y pobres , grandes y pequeños , lloraban sobre su féretro la suerte de Virginia.

Quando llegó al lugar de su sepultura , las negras de Madagascár y las cafres de Mozambique , presentaron en su entierro canastillos de frutas , y colgaron de los árboles cercanos , telas y estofas de diferentes géneros , segun la costumbre de su país ; y las Indias de Bengala y de la costa de Malavar , llevaron jaulas con muchos y diversos pajarillos , á los quales dieron libertad sobre la misma tumba de Virginia. ¡ Quan cierto es que todas las naciones se interesan en rendir homenaje á la virtud desgraciada , reuniéndose de comun acuerdo al rededor de su sepulcro!

Fué enterrada cerca de la Iglesia de las PAMPLEMUSAS , al pie de

un grupo de bambúes , donde gustaba descansar , sentada al lado de aquel , que ella llamaba hermano , quando iba á misa con su madre y Margarita.

Acabada la pompa fúnebre , Mr. de la Bourdonais subió á las cabafias , acompañado de una parte de su numerosa comitiva , y ofreció á Madama de la Tour y á su amiga todos los auxilios que estuviesen de su parte , expresándoles en breves , pero enérgicas palabras , la indignacion que le habia causado el proceder de su inhumana tia. Despues se dirijió á Pablo , y le dixo quanto juzgó mas oportuno para consolarle en tan lastimosa situacion. Y animándole á que se embarcára quanto antes para Francia , donde le prometia toda su proteccion en la corte , y cuidar entretanto de su madre , como de la suya misma , le alargó la mano de amigo ; mas Pablo retiró la suya , y volvió la cara á otro lado por no mirarle.

Yo, pues, en semejantes circunstancias determiné quedarme para hacer compañía á mis desgraciadas amigas, y darles, igualmente que á Pablo, todos los consuelos que me fuesen posibles. Pasadas tres semanas se halló Pablo en estado de poder andar; pero parecía que se aumentaba su tristeza á medida de que su cuerpo iba adquiriendo vigor. Mostrábase insensible á todo; sus ojos estaban amortiguados, y no respondía á nada de lo que se le preguntaba. Madama de la Tour, mas muerta que viva, le decia muchas veces: "Hijo mio, jamás te veo, que no me parezca ver á mi amada Virginia." Al oír Pablo el nombre de Virginia se estremecía y se alejaba de ella, á pesar de las voces é instancias de su madre para que no se apartara de allí; y encaminándose al jardín se sentaba al pie del cocotero de Virginia, y fixaba los ojos en su fuente.

El cirujano del gobernador, que

con el mayor esmero le habia asistido, nos dixo un dia, que para quitarle la negra melancolía que le atormentaba, era necesario dexarle hacer todo lo que quisiera sin contradecirle en nada; y que éste era el único medio que habia de vencer el silencio en que se obstinaba: cuyo consejo resolví seguir en lo sucesivo.

En efecto, luego que Pablo se sintió mas restablecido, lo primero que hizo fué alejarse de la posesion; mas como yo no le perdía de vista, le fui siguiendo, y dixé á Domingo, que nos acompañara y llevara provisiones para algunos dias. A medida de que Pablo baxaba esta montaña, parecia que renacian sus fuerzas y alegría. Tomó desde luego el camino de las PAMPLEMUSAS, y quando llegamos cerca de la Iglesia y del grupo de bambúes, se fué en derechura al parage donde vió la tierra recientemente movida: arrodillóse allí, y levantando los ojos al cielo, hizo una larga oracion.

Este páso me pareció de muy buen agüero para el recóbro de su razon, pues semejante señal de confianza en el ser supremo, manifestaba que su alma comenzaba á recuperar el exercicio de sus funciones naturales. Domingo y yo nos arro-
dillamos, á exemplo suyo, y oramos con él: despues se levantó, y se eneaminó ácia la parte del norte de la isla, sin hacer mucho caso de nosotros. Como yo estaba cierto de que ignoraba donde se habia depositado el cadáver de Virginia, y aun si le habia sacado del mar, le pregunté por qué habia ido á rezar al pie de los bambúes, y me respondió suspirando: "Hemos estado allí tantas veces Virginia y yo!"

Continuó caminando hasta la entrada del bosque, donde nos cogió la noche. Allí le excité con mi exemplo á tomar un poco de alimento, y despues nos recostamos sobre la yerba al pie de un árbol, persuadido yo de que alodia siguiente resolve-

ría volverse á casa. En efecto, luego que amaneció, estuvo mirando bastante tiempo ácia la llanura de la Iglesia de las PAMPLEMUSAS, y aun hizo algunos movimientos como para retroceder; pero de allí á un instante se internó repentinamente en el bosque, dirigiendo siempre sus pasos ácia el norte. Conociendo yo su intencion, procuré distraerle de ella, pero fueron inútiles mis esfuerzos. Llegamos finalmente cerca de medio día á la punta de los Polvos de oro, y baxó precipitadamente á la playa del mar, enfrente del parage donde naufragó el San Gerando; y á vista de la isleta del AMBAR y de su canal, entonces terso y apacible como un cristal, exclamó: "Virginia! amada Virginia!" y en esto se desmayó.

Domingo y yo le condujimos en hombros á lo interior del bosque, donde nos vimos muy apurados para hacerle volver en sí; y habiéndolo conseguido, se empeñó de nuevo en